

Reflexión sobre el ocho de marzo

Por Lucila Maquieira

Ocho de Marzo de 1994. Es una fiesta. Es la fiesta de las mujeres.

Miles, millones de mujeres de todo el mundo la celebramos y la celebramos cada año con más hombres que, lenta pero imparablemente van entendiendo que la lucha por la igualdad de oportunidades de las mujeres no es para «quitarles o excluirlas», sino para crear un mundo más justo, solidario, creativo..., un mundo más compartido.

Pero la fiesta actual tiene una Historia, una Tragedia antecedente que la motiva y aún hoy la justifica: son los sucesos ocurridos en 1909.

En la fábrica de Cotton en Nueva York, 129 obreras textiles mueren quemadas dentro de su lugar de trabajo. El dueño de la fábrica cerró las puertas para evitar que las trabajadoras pudieran comunicarse con otras mujeres, sindicalistas, que se manifestaban fuera, unas y otras con la misma lucha: reivindicar mayor seguridad y salubridad en el trabajo, protestar por los bajos salarios, denunciar los abusos de los dueños.

Las mujeres, apoyadas por las sufragistas y las feministas logran mejoras salariales, pero el Sindicato no les reconoce sus derechos y sus reivindicaciones no llegan a hacerse realidad hasta mucho más tarde.

En 1910 se celebra la segunda Conferencia Internacional Femenina en Copenhague, bajo la iniciativa de Clara Zetkin, se declara el 8 de Marzo el Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Con esta fecha celebramos la solidaridad entre las mujeres y recordamos la necesidad de seguir luchando por nuestros derechos.

Conmemorar aquellos hechos e incluir en la celebración el recuerdo de los grandes pasos históricos y de las pequeñas laboriosas e imprescindibles conquistas cotidianas, individuales y colectivas significa, por un lado, no perder la memoria histórica, por otro, mantener vivo, abierto y esperanzado el horizonte de lo por conquistar y, además, transformar en fiesta y alegría la semilla de vida que cada sufrimiento femenino, anónimo o conocido nos ha legado en fértil, imparable maternaje creador.

Por eso, las celebraciones del Día de la Mujer incluyen siempre el recuerdo, la reflexión y la fiesta, como tres elementos nutrientes del empeño de las mujeres en transformar los modelos públicos y los desenvolvimientos privados de los seres humanos.

Las formas en que cada año y en cada lugar se concreta la fiesta son múltiples, cual corresponde a las causas que la motivan, manifestaciones, bailes, comidas, juegos, charlas, pintura-colectiva, conferencias... y el Teatro.

Así, desde mi condición de mujer y de mujer entregada al Teatro, he tenido el placer de celebrar varios años ya, la fiesta de esta unidad: Mujer y Teatro. Colectivos y Asociaciones de mujeres, en su trayectoria de acción cultural, reflexiva, creativa..., se han topado con las posibilidades de la acción teatral y ahí nos hemos encontrado, habiendo podido plasmar en diversas formas nuestras distintas modalidades.

Así, hemos podido realizar tareas bidireccionales, interactivas de plurales objetivos: Que las mujeres vean y vivan el Teatro como algo propio, a través del cual puedan expresarse y han sido contempladas; que el

teatro se difunda también entre las mujeres de todas las capas sociales y estas contemplen la posibilidad de incorporarse más numerosamente a los diferentes quehaceres teatrales (no solo la interpretación), que a partir de textos teatrales se promueva el diálogo, la reflexión, el coloquio en que se plasme el hecho comunicativo.

Autores y textos de diferentes épocas y culturas han proporcionado personajes femeninos y contextos desde donde «oírlos».

Electra, *Antígona*, *Las Troyanas* nos han visitado en la voz de mujeres de hoy. Shakespeare y el Siglo de Oro español han entrado a formar parte del bagaje cultural consciente de otros colectivos de mujeres. Tomamos de Ibsen su gran aportación de Nora en *Casa de Muñecas*. Alfonso Vallejo nos propició reflexiones con su *Tobby después*. Con Gala también accedimos a ficciones que son historia propia y compartida. De Lorca y su poliédrica visión de la mujer, sus intensos personajes femeninos fueron desfilando ante miradas y oídos abiertos a contemplar-se.

El asociacionismo de las mujeres en España ha conocido un desarrollo importante en estos últimos años y, de entre sus fines, la búsqueda cultural como elementos para la autorealización, está presente en la mayoría de los grupos que ya tienen vida propia y perspectivas ilimitables.

Citar algunas de estas Asociaciones ilustrará mejor cuanto vengo comentando, ya que con ellas vivimos estas experiencias.

«Manuela Malasaña» da nombre a mujeres asociadas en Azuqueca (Guadalajara). «Las Madroñeras» se mueven, trabajan, luchan en Vicálvaro (Madrid). «Mujer y Progreso» convoca a otras que se juntan en la Dehesa de la Villa de Madrid. «Azalea» reúne a mujeres de Pedrezuela (Madrid).

Con todas ellas trabajamos sobre la base de que el Teatro, como elemento cultural puede ser un instrumento privilegiado que propicie la reflexión de las mujeres sobre sí mismas aquí, ahora y en la Historia. Porque es importante no olvidar que las mujeres también hemos hecho la Historia y, a la vez, que tenemos nuestra propia Historia.

Por eso y como decía al principio, es también momento de recordar en breves rasgos situaciones que han configurado nuestro momento actual.

En 1931 las mujeres obtenemos el derecho a voto en España, con la instauración de la República y la reivindicación ardorosa de la igualdad por parte de Clara Campoamor. En 1919 Margarite Nelken, realiza un severísimo análisis de la situación del trabajo femenino y denuncia: los partos en las fábricas, la esclavitud del trabajo a domicilio, la falta de respeto a las leyes aprobadas. En este período se reconoce el matrimonio civil, se instaura el divorcio, se declara la igualdad de los sexos, se otorgan los mismos derechos a los hijos legítimos y a los no legítimos...

Estas mujeres, otras como: María Martínez Sierra, Federica Montseny, Dolores Ibarruri, Victoria Kent, María Teresa León... y tantas otras que lucharon en el anonimato, fueron silenciadas, así como las conquistas obtenidas.

Pero, el Siglo XX es el siglo en el cual las mujeres tomamos la palabra, rompemos con los estereotipos y abrimos múltiples vías de realización personal.

Hemos de participar y ser agentes activas en la transformación de nuestro entorno.

"Las siamesas del puerto", de A. Lima. Grupo "Riesgo". 2ª Semana de las Mujeres. (1994).

